

# LA ONDINA DEL PLATA

PUBLICACION LITERARIA

DIRECCION Y ADMINISTRACION  
En su Imp.—Santiago del Estero 176.

DIRIGIDA POR  
LUIS TELMO PINTOS

APARECE LOS DOMINGOS  
Precio de la suscripcion, 10 \$ al mes.

## SUMARIO

Carta íntima, por Almanzor—Moribunda (poesía), por Silvia Fernández—Al poeta G. Méndez (poesía), por Salvador Máro—En familia: Las botas, por Gustavo Droz—La Hermana de Caridad (poesía), por Hortencia Bustamante de Baeza—A mi hermano (poesía), por H. J.—La tarde, por Raymunda Torres y Quiroga—¡Deseo! (poesía), Ramon Oliver—Tus lágrimas, por Sor Teresa de Jesús—Canto a la Serva (poesía), por Evaristo—Mi vecina: La sensitiva, por Anton Porras—Asuncion (poesía), por L. B. T.—Revista General.

## CARTA INTIMA

A mi distinguido amigo N. R. D.

Que es templo de placer el Universo  
Coronado de inmensos horizontes,  
Las nubes son diademas de los montes,  
Los astros son el trono del Señor;  
El valle tiene perfumada alfombra,  
Voz el torrente entre la selva umbría,  
El Universo espléndida armonía  
Y el alma poderosa inspiración!

CARLOS WALKER MARTINEZ.

## I

.....*Post nubila Flohbus!*... Después del cuadro sombrío de la naturaleza batida por el viento asolador de la tempestad, sobreviene la calma sonriente de un día sereno y tranquilo, en que todo respira alegría y bienestar.

Si, amigo mío!... Después de tantas y tantas horas de constante y abrumadora incertidumbre, héme aquí gozando de ese oasis lleno de encanto que media entre la terminación de una jornada fatigosa y la perspectiva de otra no menos llena de inconvenientes y dificultades, pero que, os lo prometo, no conseguirá quebrantar la esperanza del que adelanta con entera fe en la senda espinosa del porvenir.

Os he prometido dedicaros algunas líneas y al comenzar el cumplimiento de tan honrosa y agradable tarea, ignoro completamente donde me llevará el vuelo del pensamiento.

Nada de plan preconcebido, nada de ideas fijas al respecto: solamente la humilde aspiración de trazar cuatro líneas en las que, si bien no brille la forma seductora de una pluma privilegiada, observeis, al menos, el timbre molesto de una amistad cordial y sincera.

Escribir para una persona con quien nos ligan solamente esas frías y ceremoniosas relaciones de fórmula que tan á menudo observamos en sociedad, es algo sumamente fácil: la pluma se desliza sobre el papel con una rapidez extraordinaria y la inteligencia coordina los pensamientos sin dificultades de ningún género.

Pero cuando se trata de un amigo verdadero, que comparte con nosotros las penas y las alegrías de la vida, cuyo noble corazón palpita y se conmueve al compás de todas nuestras emociones, que no puede ser dichoso en tanto que nosotros nos sentimos azotados por el cierzo helado de la desgracia; cuando se trata en fin, de un hermano cariñoso que nos tiende su noble mano en momentos en que el espíritu vacila, entonces la cuestión cambia completamente de aspecto.

En ese caso excepcional, porque es verdaderamente extraño encontrar sobre la tierra dos seres vinculados entre sí con tan estrechos lazos, cada palabra debe expresar un sentimiento grande y generoso, cada línea una promesa de sacrificio desinteresado, cada párrafo un poema de abnegación y de nobleza!...

¡Y es tan difícil trasladar al papel los sentimientos íntimos del alma!...

## II

La amistad es el sentimiento más noble, desinteresado y sublime á que puede dar cabida en su pecho la criatura humana.

Cuando nuestra mente soñadora de jóvenes se siente asaltada por presentimientos sombríos, el alma desolada ansia un momento de dulcísima expansión.

El amigo tiende entonces su noble mano al amigo, recibe la confianza íntima de sus secretos pesares y le fortifica con una palabra alentadora para el porvenir.

¿Recordais cuantas veces nos hemos sostenido mutuamente en las diferentes alternativas de la vida, cuando la voz fatídica del dolor nos traía el canto tristísimo de la última esperanza desvanecida?

Aun recuerdo estremecido el momento supremo en que ambos guardábamos silencio, sin encontrar una sola palabra de aliento para reanimar el fuego del corazón aletargado.

Los dos nos sentimos simultáneamente heridos por el aguijón punzante de la duda y nos creímos destinados al sufrimiento por la mano inexorable de la fatalidad.

Y lo verdaderamente extraño en este estado excepcional en que nos encontrábamos, es que él no reconocía su origen en una causa que pudiese justificar la causa de nuestra desventura imaginaria.

Afortunadamente nosotros no conocemos hasta ahora el significado práctico de esas palabras de efecto que constituyen el arsenal inagotable de los escépticos, como decepción, amargura, misantropía, y otras que recordareis fácilmente sin necesidad de que yo lo haga.

El sufrimiento estaba en nuestro propio corazón, en ese raudal infinito de ternura que anhelaba una expansión consoladora, en esa sed inextinguible de emociones que no creíamos posible satisfacer de una manera completa en este mundo.

Mas, si dura fué la prueba, fecundo y lleno de resultados halagüeños ha sido el desenlace.

Ayer, el manto negro de la tristeza flotando sobre nuestras frentes como el ala fatídica del ave que turbara los castos ensueños de la MARÍA DE ISAAC!....

Hoy, la aurora nacarada de un porvenir lleno de encantos, la perspectiva risueña de una primavera rica de flores perfumadas, la promesa inflexible de una existencia tranquila, como la mansa corriente de un lago cristalino....

Mañana y siempre, la actividad infatigable del pensamiento, el desarrollo constante de nuestras legítimas aspiraciones, la lucha valiente por el triunfo de las ideas grandes en la esfera limitada de nuestras humildes esueras, la conquista del porvenir.

Y tales debieron ser siempre nuestras creencias, amigo... ¿como dudar de ese principio supremo que rige omnipotente y justiciero los destinos de la humanidad?

El letargo del corazón es siempre transitorio; este fuego ardiente que brilla en nuestra frente de jóvenes, no puede apagarse á la sola influencia de contrariedades pasajeras,

¿Como explicar, entonces, la causa de esos momentos de desaliento que nos han hecho dudar del porvenir?

Simplemente por esa tendencia característica que nos lleva siempre á aumentar la magnitud natural de los hechos, concediéndoles proporciones colosales que despues nos arrancan una carcajada homérica.

Y es lo que se observa de una manera mas general en todos los casos.

Tropezamos con un inconveniente cualquiera que, mirado bajo el punto de vista de la razón fría y reflexiva, solo constituye un hecho insignificante y digno de contemplarse con la mas profunda indiferencia.

Inmediatamente nos llevamos la mano al corazón, creemos sentir en dolor punzante é inconsolable, recordamos el pasaje mas sentimental de alguna novela romántica que hemos ojeado en momentos de ocio, perdemos el sueño y terminamos por creernos demás en el mundo de los vivos.

Transcurre el tiempo, ese triste viagero que cicatriza las heridas del alma y que todo lo arrastra en el curso veloz de su carrera inmortal, transformandolo todo con su acción destructora é inevitable.

La juventud, anhelante de vida y de emociones nuevas, ávida de actividad y de movimiento, ahogada por la monotonía interminable de una existencia sin atractivos y sin flores, pugna valientemente por lanzarse en persecución de nuevos horizontes.

Tiende el pensamiento sus atrevidas alas y los últimos vapores de la tristeza se disipan rápidamente como las finas arenas arrebatadas por el rugiente simoun de los desiertos.

Tal es la vida en esa edad llena de ensueños y de ilusiones encantadoras que se llama juventud.

¡Llorar cuando el escenario grandioso del mundo nos invita y estimula con la perspectiva

brillante de un campo dilatado que se presta admirablemente á las conquistas del hombre.

¡Oh no, amigo mio!...

Felizmente nosotros hemos conseguido sobreponernos á esa enfermedad que creíamos incurable, cuando no es mas que el resultado lógico de esa predisposicion misteriosa que nos hace vislumbrar todo al través de un prisma sombrío.

Unidos estrechamente por ese vínculo inmovible que se llama *amistad*, enlazados por la fuerza misteriosa de nuestros mas íntimos afectos, cruzaremos juntos el camino de la vida, siempre con la sonrisa en los labios y el corazón fecundizado por el vivificante rocío de la esperanza!

ALMANZOR.

Buenos Aires, Diciembre de 1876.

### MORIBUNDA

La vi sobre su lecho moribunda,  
Sin luz, ni animacion en la mirada,  
Y las olas del negro, desencanto  
Se agitaron furiosas en mi alma.

La vi alzar de la almohada su cabeza,  
En éxtasis de amor arrebatada,  
Y uniendo con fervor sus blancas manos  
Murmurar ardorosa una plegaria.

Era jóven y bella. Los placeres  
Del mundo seductor la deslumbraban;  
Aun dormía en su pecho misteriosa  
La delicada flor de su esperanza.

Aun sus puras y tiernas ilusiones  
Conservaba gallardas y lozanas;  
Aun latía, feliz y sosegado,  
Su corazón ageno á la desgracia.

Y no obstante su vida se extinguía,  
El fuego de sus ojos se apagaba,  
Y el ángel de la muerte su cabeza  
Cubría con sus alas funerarias.

SILVIA FERNANDEZ.

Diciembre 4 de 1876.

### AL POETA GERVASIO MENDEZ

El infortunio de la vida triste  
Tu esplendorosa inspiracion no apaga,  
Todavía, poeta desdichado,  
Sobre el horror de tus pesares cantas,  
Cantas, no viertes  
Férvidas lágrimas:  
¡La inmortal religion de la belleza  
Arde en el fondo de tu virgen alma!

Tu cumples la mision que el Infinito  
Al sacerdote de lo bello encarga:  
Resplandores de luna sobre el huérfano  
Tienden las armonías de tu árpa;  
Frescos perfumes  
De rosas pálidas

Aspiran en tus versos los que sueñan  
Con los jardines de la eterna patria.

Ah! radiante de célico entusiasmo,  
Sonriente de magnífica esperanza,  
Consuelas á los seres oprimidos  
Por la mano glacial de la desgracia;  
Súplicas tiernas,  
Dulces plegarias,  
Elevas al Señor por los que lloran  
En el silencio de una noche ingrata.

Los hijos de la patria de Belgrano  
Hoy te aclaman al son de sus guitarras  
Bajo el ramaje del ombú solemne,  
Sobre el desierto de la inmensa Pampa,  
Bajo el alero  
De sus cabañas,

Sobre las crespas y gigantes olas  
Del caudaloso y turbulento Plata.

Poeta! tus brillantes armonías  
Un aplauso á mi musa le arrebatan;  
Mi corazón palpita entusiasmado....  
Ah! se estremece de dolor mi alma  
Al recordar las fúnebres estrofas  
Del canto de tu vida fatigala.

SALVADOR MARIO.

Buenos Aires.

## EN FAMILIA

V.

## LAS BOTITAS

Por la mañana, cuando salía de mi habitación, veía cuidadosamente alineado delante de la puerta su calzado y el mío. El suyo consistía en unas botitas un poco anchas y gastadas por el rudo uso á que las sometía. La suela estaba comida á la izquierda, y en la extremidad del pié derecho amenazaba un agujerito. Por las figuras del material se conocía el lugar de sus dedos, y su pulgar y todos sus movimientos habian dejado su huella en arrugas insensibles y profundas.

¿Por qué recuerdo todo esto? En verdad no lo sé, pero aún me parece ver las botas del pequeño puestas allí sobre la alfombra al lado de las mías. Dos granos de arena junto á una montaña; un corderillo junto á un elefante. Aquellas eran sus botas de todos los días, sus compañeras de juego; con ellas entraba en los montes de arena y exploraba los charcos. Le eran adictas y participaban tan íntimamente de su existencia, que habia en ellas algo de él. Yo las hubiera reconocido entre mil; tenían para mí una fisonomía particular; me parecía que un lazo invisible las unía á él, y no podía mirar su forma indecisa, su gracia cómica, sin acordarme de su dueño y confesar que se le parecían.

Todo lo que es de los niños se hace también infantil y toma esa expresión de gracia torpe y candida que les es peculiar.

Al lado de aquellas botitas risueñas, que parecía que deseaban correr por los campos, mi calzado parecía monstruoso, pesado, grosero, absurdo, con sus grandes tacones. En su aspecto desilusionado se veía que para él la vida era grave, las marchas largas y la carga que tenía que soportar pesada.

El contraste llamaba la atención, y la enseñanza era profunda. Yo me acercaba á aquellas botitas muy despacio para no despertar al niño que dormía en la habitación inmediata. Las tocaba, las volvía, le examinaba por todos lados, y no podía menos de sonreír. Nunca el guante viejo que transcendía á violeta y vivió tan largo tiempo en el más profundo secreto

del cajón de mi mesa me procuró tan dulce emoción.

El amor paterno no es el amor á secas: tiene sus locuras, sus debilidades; es pueril ó sublime; no se analiza ni se explica; se siente, y yo era feliz sintiéndolo.

Que el papá sin debilidades me arrojé la primera piedra; las mamás me vengarán.

Pensad que aquella botita me recordaba su piecito pequeño y regordete, y despertaba en mí una porción de recuerdos.

Yo me le figuraba, cuando le cortaba las uñas y él se agitaba tirándome de la barba y riendo á pesar suyo, porque era cosquilloso.

Me le figuraba cuando por la noche le quitaba las medias. ¡Qué broma!

Yo decía una... dos... Y él, envuelto en su camison de dormir, con las manos perdidas en las mangas, esperaba con ansiedad, pronto á soltar una carcajada, el famoso tres.

Las medias volaban á distancia. Entónces le entraba una alegría loca, se echaba en mis brazos, y sus piernas desnudas se agitaban en el aire; de su boca, enteramente abierta, en cuyo fondo se veían sus dientes pequeños y blancos, se escapaba una cascada de risas sonoras.

Su madre, que reía también, le decía:

—Vamos, niño, vamos, hijo mío, vas á consiparte. ¡Pero sujétale! ¿Quieres acabar, diablillo?

Quería regañar, pero no podía ponerse seria al ver aquella cabeza rubia y animada, que descansaba en mi rodilla.

Mi mujer me miraba y decía:

—Es insoportable. ¡Dios mío, qué chico!

Pero yo entendía que quería decir:

—¡Mira qué hermoso y qué robusto es nuestro hijo!

Y la verdad es que era adorable. A mí, al menos, así me parecía.

Yo he tenido el talento—ahora que mis cabellos son blancos puedo decirlo—de no perder ni uno solo de esos momentos sin gozar de él ampliamente, y creo que he hecho bien. ¡Compasión para los padres que no saben ser papás lo más frecuentemente posible, que no saben echarse en el suelo, jugar al caballo, hacer el lobo, desnudar á sus hijos, imitar el ladrido del perro y el rugido del león, morder

sin hacer daño y esconderse detras de los sillones dejándose ver!

¡Compasion sincera para esos infortunados! No son solamente agradables pequeneces las que desprecian, son verdaderos placeres, goces deliciosos; son las parcelas, las migajas de la felicidad, á quien tanto se calumnia, á quien se acusa de no existir, porque se espera que caiga del cielo en un pedazo, en forma de lingote, cuando está á nuestros piés, reducida á menudo polvo. Recojamos los pequeños fragmentos y no nos quejemos demasiado; cada día trae su pan y su ración de felicidad.

Marchemos lentamente y miremos á nuestros piés. registremos en torno nuestro, husquemos en los rincones; allí es donde la esconde la Providencia.

Yo me he reído siempre de esas gentes que atraviesan la vida á rienda suelta, con las narices dilatadas, los ojos inquietos y la mirada en el horizonte. Parece que el presente les quema los piés, y cuando se les dice: «Pero detencos un instante, echad pié á tierra, tomad una copa de este vino dorado, hablemos un poco, riámos, besemos á nuestros hijos», «¡Imposible! responden. Me esperan más allá. Allá hablaré, beberé un vino delicioso, me entregaré á la ternura paternal. ¡Allá seré feliz... allá abajo!» Y cuando llegan allá, jadean, se destrozan, y reclaman gritando el precio de sus fatigas, el presente, que se rie detras de sus anteojos, les dice:

—Caballero, la caja está cerrada.

El porvenir promete, el presente, es quien paga, y se debe estar bien con él, ya que tiene las llaves de la caja.

¿Por qué creer que somos burla de la Providencia?

¿Creeis que la Providencia está obligada á servir á cada uno de nosotros una felicidad completa, puesta en un plato de oro, y á darnos ademas música mientras la comemos? Esto es lo que parece que quieren algunos; y es inútil decir que no lo consiguen nunca.

Es necesario ser razonables, ocuparse cada cual de su cocina y no exigir que el cielo se moleste para espumar nuestro cocido.

En todo esto pensaba yo por la noche cuando mi hijo estaba en mis brazos. Pensaba en los ratos felices que el pobrecillo me habia ya proporcionado, y le estaba agradecido.

¡Qué fácil es—pensaba—ser feliz, y qué singular manía la de ir á la China para distraerse!

Mi mujer era de mi opinion, y permaneciamos muchas horas hablando de lo que experimentábamos.

—¿Ves, amigo mio?—me decia.—Tú le amas de otro modo que yo. Los padres calentan más... su cariño es como un cambio. No quieren de veras á su hijo hasta el día que ven halagado su amor de autor. Hay en el padre algo del propietario. Vosotros podeis analizar el amor paternal, descubrir sus causas y decir: «Amo á mi hijo, porque es de tal ó cual modo.» Para la madre este análisis es imposible: no ama á su hijo porque es bonito ó feo, inteligente ó absurdo, por que se le parece ó no, porque tiene ó deja de tener sus gestos y sus gustos. Le ama porque no puede menos de amarle: es una necesidad. El amor maternal es un sentimiento innato en la mujer. El paternal es en el hombre efecto de las circunstancias. En ella es un instinto; en él cálculo, aunque lo haga sin conocerlo.

—Está bien, no te canses,—la decia yo;—no tenemos corazon, ni alma; somos unos salvajes... ¡Lo que estás diciendo es monstruoso!

Sin embargo, mi mujer tenia razon: yo me lo confesaba á mí mismo. Cuando un niño viene al mundo, el cariño de la mamá no es comparable al del papá. En ella es ya amor. Parece que le conoce desde larga fecha. En su primer grito le reconoce. Parece decir: «¡Es él!» Le coge con naturalidad; todos sus gestos son sencillos, no experimenta dificultad; en sus dos brazos enlazados encuentra el niño un puesto á su medida y se duerme feliz en aquel nido hecho para él. Se diria que la mujer ha tenido un misterioso aprendizaje de la maternidad. El hombre, al contrario, al nacimiento de un niño experimenta una gran turbacion. El primer vagido de aquel sér le conmueve; pero hay en su emocion más asombro que amor. Su cariño aún no ha nacido. Su corazon necesita reflexionar y acostumbrarse á una ternura nueva para él.

Hay un noviciado en la profesion de papá: no le hay en la de mamá.

Si el padre es moralmente poco apto para amar á su recién nacido, es preciso confesar

que lo es también físicamente para manifestarle su ternura.

Para levantarlo tiembla y hace mil contorsiones y mil esfuerzos. Parece que tiene miedo de romperlo, y emplea más fuerza para tomar á su hijo que necesitaria para derribar una puerta. Si le besa, su barba le pincha; si le toca, sus dedos ásperos y gruesos le hacen daño. Parece un oso enturbandolo una aguja.

Y sin embargo, es preciso ganar el cariño del pobre padre que no tiene mas que poca fortuna; es necesario reducirle, encadenarle, hacerle oficiar al oficio y que no dure mucho su papel de recluta.

La naturaleza ha atendido á todo, y el papá asciende definitivamente á cabo el día que el niño balbucea sus primeras sílabas.

Hay que decir que es muy dulce el primer balbuceo de un niño, y que ese *pa... pa...* que murmura desde luego está admirablemente escogido para conmover. ¡Es extraño que la primera palabra del hombre exprese justamente el sentimiento más profundo y más tierno de todos!

Es sublime ver que un niño encuentra él solo la palabra que debe eternecer seguramente á aquel de quien más necesita; la palabra que quiere decir: «Yo soy tuyo; ámame, hazme un lugar en tu corazón, ábreme tus brazos; ya lo ves: yo aún sé poco: acabo de desembarcar, pero ya pienso en tí, soy de la familia, comeré á tu mesa, llevaré tu nombre *pa... pa... pa... pa... pa...*»

Ha encontrado de repente la más delicada de las lisonjas, la más dulce de las ternezas. Entra en el mundo dando un golpe maestro.

¡Ah! ¡*Pa... pa!*... Aún creo oír su voz vacilante y veo moverse sus labios de carmin. Todos estábamos en círculo alrededor suyo, arrodillados para estar á su altura. Se le decía: —Dilo otra vez, repleto. ¿Dónde está tu papá?

Y él, á quien todos procuraban llamar la atención, me tendía los brazos y volvía hácia mí los ojos.

Yo le abracé con todo mi alma, y las lágrimas me impidieron hablar.

Desde aquel momento fui un papá completo. Estaba bautizado.

GUSTAVO DROZ.

(Continuará).

## LA HERMANA DE CARIDAD

¡Gloria á la mujer virtuosa  
Que con santa abnegacion  
Consagra su vida hermosa  
A la santa religion,  
Fuente de salud preciosa!

¡A la que se ve constante  
A la infancia proteger  
Con solicitud amante,  
Y no deja padecer  
Al que gime ni un instante

A aquella que es un modelo  
De modestia y de candor,  
Y enseña con grande anhelo  
Y con voz llena de amor  
La senda que lleva al cielo.

¡Gloria al ángel, que en la guerra  
Consuela al que va á expirar;  
A la que es aquí en la tierra  
Bálsamo para curar  
Heridas que el alma encierra!

¡Gloria á la mujer virtuosa,  
La Hermana de Caridad,  
Que ha dado su vida hermosa  
A la pobre humanidad  
Para hacerla mas dichosa!.....

HORTENCIA BUSTAMANTE DE BAEZA

Santiago de Chile, 1876.

## A MI HERMANA

(Después de la muerte de nuestra querida madre)

Deja el dolor, modera tu quebranto  
O sinó yo me entrego á ese tormento,  
Mucho y amargo fué ya nuestro llanto,  
Y muy grande al perderla el sufrimiento.  
¿Te acuerdas?... Nos dejó... ¡Sufrimos tanto!  
Inútil pues llorar... este es momento  
Lúgubre sí, mas ten siempre un consuelo  
Al saber que tu madre está en el Cielo.

H. J.

Buenos Aires, Noviembre de 1876.

## LA TARDE

Admirable, sublime, magnífico es el amañecer. Sublime, cuando la creación, sacudiendo su profundo y prolongado sueño, entona el *Angelus* de la mañana. Magnífico, cuando la aurora con sus dedos de marfil entreabre las puertas del oriente, los pajarillos abandonan sus lechos de mullidas plumas, remontan su vuelo hacia el éter lanzando al viento sus dulces y melifluos gorjeos de suavísima armonía. Admirable, cuando las diáfanas gotas de rocío posadas sobre la corola de las gayas flores relumbran como diademas de brillantes á los débiles rayos del rubio Apolo, que principia á asomar por entre los rosados cortinajes del Oriente. ¡Oh! si muy hermosas son esas mañanas cuando á la margen de las corrientes la mirada contempla abstraída el continuo trenzar y destrenzar de las aguas.

Empero, arrobador, es á la vez el crepúsculo vespertino cuando el sol próximo al ocaso lanza sus últimos rayos de luz y armonía sobre la contrastada naturaleza: el cielo se tiñe de un color de púrpura y grana—último reflejo del astro del día—y entre nubes de ópalo se vé en el cielo brillar una estrella como una vela emergente en el océano del espacio infinito!

Al iniciarse el día, ese *fiat lux* cotidiano que nos encanta, experimentamos la sensación de la vida, de la animación: nuestro pensamiento penetra en esa región de huries alforbrada de azucenas, iluminada por suaves luces, y donde la esperanza ensaya sus cantos como una ave joven todavía. Durante el crepúsculo vespertino nos asalta la idea de la inmortalidad, abrazamos con nuestro pensamiento la inmensidad, el infinito; la magestad de Dios que en su torno arrastra brillantes mundos, que se ciñe con una corona de planetas recuéstase sobre las olas de los Océanos y los horizontes se tiñen de los colores del prisma: ese algo misterioso, *invisible*, que se desprende de la naturaleza, que se refleja en los espacios, como si las profundidades del éter se abriesen de súbito; todo, todo nos hace creer en la Gloria, en la grandeza de la eternidad: pensamos, meditamos, nuestro espíritu se siente sobrecogido de un religioso pavor, nos inclinamos

hacia la tierra y nuestros labios modulan una plegaria al divino Hacedor!

RAYMUNDA TORRES Y QUIROGA.

Buenos Aires, 1876.

## ¡DESEO!

Yo quisiera vivir en el misterio  
En la tranquila soledad de un bosque,  
Como viven ocultas y perdidas  
Entre la selva las silvestres flores.

¡Allí todo se olvida...! Nunca llega  
El triste torcedor de las pasiones;  
Y el alma que ha sufrido, allí se aduerme  
En el murmullo de inefables goces.

Ah! cuán bello será ver en la aurora  
Las bellas flores desplegar su broche,  
Y oír en la espesura de la selva  
Los écos de sus tímidos cantores.

Respirar el aliento de las brisas  
Impregnadas de dulces emociones,  
Y dormido al arrullo de una fuente  
Soñar con el amor de mis amores.

Luego admirar ese astro que ilumina  
El antro misterioso de los orbes,  
Como alumbra la luz de la esperanza  
A dos enamorados corazones!

Y cuando el fuego de la luz postrera  
Irrádie con sus débiles fulgores,  
¡Cuán hermoso será, de roja lumbre  
Ver revestido el silencioso bosque!

¡Contemplar á la reina de la esfera  
Allá en las horas de la triste noche,  
Y ver los rayos de su hermoso disco  
Platear las ramas del espeso monte!

Es eso lo que anhela el alma mía!..  
¡Silencio y soledad... luz, emociones!..  
Ver reshalar mi plácida existencia  
En la apacible calma de los bosques!

RAMON OLIVER.

Buenos Aires de 1876.

## ¡TUS LAGRIMAS!

*Al inspirado poeta Gervasio Méndez.*

Lázaro: es una flor que de mi seno  
Cayó con una gota de mi llanto  
Cuando el sollozo en que inspiró tu canto  
Mi alma conmovida estremeció.

R. GUTIÉRREZ.

El quejido melancólico y la lágrima silenciosa envuelven tus recuerdos.

Tu espíritu entristecido y enfermo busca en las auras de la bella inspiración el bálsamo dulcificante de las almas tiernas y poéticas. El canto lastimero es preludio del sollozo.

Cantas cuando lloras, y lloras cuando cantas.

¡Llora tu corazón en el silencio de la vida sus vértigos de dolor!

En tu alma hay un sepulcro, donde brilla el cirio pálido del infortunio: en tu vida de martirio el astro de la ventura reflejó un instante, dejando el recuerdo del pasado, pasado, cuyas caricias besan y arrullan al alma en su fatídica soledad.

Nubes negras te envuelven, sombras oscuras te rodean.

¡Pobre corazón! tu canto lastimero, es el suspiro agonizante; llora corazón, llora, tu destino fatal así lo quiere.

Tus lágrimas vertidas tan tristemente ocultan en sus oscuras ondulaciones el recuerdo de pesares silenciosos, de felicidades perdidas en el cálido arrullo de la esperanza.

¡Que triste es en el dolor recordar los tiempos de calma y ventura!

El alma ahoga el sollozo para sonreír un minuto. Las nubes blancuecinas ocultan un momento las nubes negras.

Las lágrimas del placer perdido besan con ternura á la lágrima melancólica del pesar!

El alma canta y gime, llora, sonríe y suspira.

Aquellos que jamás lloraron, que no aspiraron el perfume de las flores del corazón marchitadas por el huracán del infortunio, que nunca sintieron en sus almas el fuego que con fatídica y lenta calma devora, corazones sin mas caridad que la finida, sin mas compasión que la necesaria para ocultar el egoísmo de su mezquindad, esos corazones huecos no lloran, ni cantan, ni gimen.

Esas almas embriagadas en la dicha, donde el ¡ay! del dolor encuentra por eco la indiferencia; las almas sin fé, sin amor, sin ternura, corazones que solo los conmueve los bienes pasajeros de la fortuna, espíritus yertos ante las palpitaciones amargas de los seres predestinados al sufrimiento.

Esas almas heladas no lloran contigo. ¡Poeta de la lágrima!

Tus cantos tiernos y apasionados son las notas vibrantes de una arpa ródica, cuyos sonidos se asemejan al canto de las alondras, al suspiro de las mariposas, al arrullo de las palomas en la selva solitaria!

Tus poesías, perfume de violetas y jazmines y azahares, exhalan en su fragancia melancólica, la ternura de una alma, que ama y llora, de un espíritu que ha luchado y combatido en la infernal batalla llamada vida.

Mi alma ha llorado con tu alma, mi corazón huérfano y solitario palpitaba con el tuyo, mi espíritu sombrío escuchaba con ternura los lamentos de tu espíritu abatido.

¡Poeta del infortunio!

¡Poeta de la lágrima!

SOR TERESA DE JESÚS.

Buenos Aires, Diciembre de 1876.

## CANTO A LA SERVIA

Heróico pueblo que en tremenda lucha,  
Pereciendo tus hijos á millares,  
Sangre preciosa derramando á mares,  
Combates por la santa libertad;  
La Europa mira tu martirio horrible  
Abroquelada en misero egoísmo;  
No la conmueve tu inclito heroísmo,  
No la indigna del turco la crueldad.

¡Oh noble Francia! ¿donde estan tus bríos  
Que vez indiferente tanta pena?  
Ah! rompe, rompe esa cruel cadena,  
Que solos no la pueden destrozar.  
Austria-Hungria no mires impasible  
Al musulmán que en devastar no cesa:  
En su tumba tal vez Maria Teresa  
Se estremece, tal cuadro al contemplar.



Aliva España á quien el mundo siempre  
Miró triunfar en fragorosas lides,  
Blande la espada que esgrimieron Cides  
Y que Isabel heroica hizo brillar.  
Tu, dulce Italia, de las artes patria,  
Do Garibaldi vió la luz primera.  
Haz que la Servia mire tu bandera  
De tu gloriosa enseña al lado ondear.

Alemania ¿porqué no los ayudas?  
Tu que eres tan temida ¡oh Inglaterra!  
¿No miras los horrores de esa guerra,  
De los turcos la bárbara crueldad?  
Y tu, potente Rusia, acude pronto,  
De Servia el suelo pisen tus soldados.  
Y combatiendo unidos, denodados,  
De Europa al turco arrojen sin piedad.

Pero es inútil implorarles, Servia;  
Helada sangre tienen en sus venas  
No sienten el sonar de tus cadenas,  
Desprecian tus gemidos de dolor.  
Combate sola con valor. ¡Combate!  
Y si no puedes alcanzar victoria  
Cubierta con el manto de la gloria  
Sucumbe sobre el campo del honor.

A la lid héroes que la Europa os mira.  
Servios! pronto al combate! á la pelea!  
¡A vencer ó morir valientes! ¡Ea!!  
¡A luchar por la santa libertad!  
¡Guerra! sí; ¡guerra al musulmán! El viento  
En Stambul agite tus pendones,  
Y estremezca el tronar de tus cañones  
El imperial palacio del Sultan.

La Puerta desconoce tus derechos;  
Mas no pierdas por eso la esperanza  
Escritos con la punta de una lanza  
En las murallas del harem serán.  
En medio de las hordas enemigas  
Siempre peleando, siempre denodada,  
Abrete paso con tu heroica espada,  
Y báza en Constantinopla fulgurar.

Lucha como han luchado otros sublimes  
Mártires que la Europa ha combatido:  
Grecia, Polonia y Cuba ya han sufrido  
Lo que tu ahora soportando estás.  
Y ¿quien sabe? Tal vez habrá llegado  
Ese supremo y único momento  
En que después de tanto sufrimiento  
Libre te mire el mundo ante su faz.

Mas ¡ay! Si eres vencida por la fuerza,  
Si te es adversa la implacable suerte....  
En los helados brazos de la muerte  
No turbaran los turcos tu dormir.  
¡Ah! Si triunfante el musulman se mira  
Y en vez del tuyo su cañon retumba,  
Abre tu misma tu gloriosa tumba,  
Cuando ya mas no puedas combatir.

Entonces á su fondo silenciosa  
Desciende magestuosa y altanera,  
Envuelta en la pernicita bandera  
Que nunca en las batallas se rindió.  
Y enséñale á Turquía, que valiente  
Una nacion de mártires cristianos,  
Muere estrechando en sus tremantes manos  
La insignia de su sacra religion.

EVERARDO.

Buenos Aires, Octubre de 1876.

## MI VECINA.—LA SENSITIVA

Hay dias que sin saber por qué tiene udó el  
corazon triste. Hoy está el cielo encapotado y  
la lluvia cae á torrentes. No puedo resistir al  
impulso de unir mis lágrimas á las del cielo, y,  
¿por qué no habreis de confundir, dulces lec-  
toras, nuestro llanto al mio?

Voy á contaros una historia tan melancólica,  
cuanto verídica: lloremos, pues, un instante.

Dios ha creado en este mundo afinidades y  
semananzas estrañas y que mas de una vez han  
fijado la atencion de sabios y filósofos: ¿cuán-  
tas hechiceras personificaciones humanas en la  
paloma, en la tórtola, en el ruiseñor y hasta en  
la cotorra; cuántas fidelidades parecidas á las  
del perro! ¿Cuántos leones entre los audaces  
púgiles de la lucha social!

¿Quién no ha visto esa planta rara y simpá-  
tica que hace soñar con las tiernas doncellas,  
cuando adorna su embalsamado tocador? Llámase *sensitiva* y se marchita al contacto im-  
prudente de un profano.

Como quiera, la *sensitiva* de que hablamos  
no era una flor: su tallo delicado no estaba en-  
vuelto en un manto de follaje, ni aparecía  
verde ni humedecida con las lágrimas de la  
aurora: era una niña de veinte años, pálido

rostro, grandes y rasgados ojos, de dulce y tierna voz.

Estaba casada con un jornalero, de oficio carpintero, de callosas manos y estatura hercúlea, la niña frágil y delicada, pobre criatura enfermiza, preservada largo tiempo por su madre de las borrascas de la vida.

Habitaba una bohordilla, compuesta de una sola pieza, en la cual hacía la educación de su hija y la comida de su esposo, y pasaba su vida en aquel espacio de seis pies en cuadro, con los ojos clavados en el cielo y soñando dulces quimeras....

Era vecina mía y oí ruido un día en la habitación de la pobre Sensitiva.

—¡Perezosota! decía su marido; aun no has cosido la ropa que necesito esta semana.

—Es verdad, respondió la joven.

—Y, ¿porqué es usted tan haragana?

—Estoy algo delicada de salud.

—¡Desdichada! Vaya en gracia, y, ¿qué tiene usted?

—Un malestar inconcebible....

—¿Deveras? ¿Su merced tiene nervios como una dama encopetada! Sepa usted, y no lo vuelvo á repetir, que una jornalera no tiene derecho de ser nerviosa como una duquesita, ¿estamos?

Y el carpintero colérico salió de la buardilla sacudiendo un furibundo portazo.

Sin embargo, el tosco artesano no era mal hombre: estaba dotado de ejemplar probidad, de generoso corazón, de alma sensible á la desgracia; pero no comprendía la naturaleza endeble de aquella criatura, cuya protección juró en aras de himeneo.

Desde aquella disputa, no volví á oír las quejas de la dulce criatura. De cuando en cuando se ponía á la ventana, blanca como la azucena, sumida en sus pensamientos como en un sudario.

Su ventana estaba contigua á la mía y solíamos cruzar algunas frases.

—Qué lindas flores tiene usted, me dijo un día.

—Sí, le respondí, rosas, anémonas y pensamientos.

—Qué preciosas son: parece que despiertan el ánimo á la alegría.

—Y ¿por qué no las tiene usted? Es un pla-

cer poco costoso: por algunos sueldos se compra un fragmento de jardín y se hace uno propietario de un par de pulgadas cuadradas.

Es verdad, replicó sonriendo tristemente; pero no puedo proporcionarme ese gusto.

—¿Por qué?

—Porque me hace daño el olor de las flores.

—¿En donde sufre usted?

Mi vecina puso la mano en el seno.

—¿En el pecho?

Sí, me abraza y parece que quiere estallar.

—¿Y no hace usted nada?

—¡Oh! no; no tiene remedio: ni lo he pensado tampoco.

—¿Si quisiera usted...?

—¿Qué? ¿un médico?

—Sin duda.

—¿Para qué mientras no caiga en cama? Costaría tres francos.

—Y si usted me lo permite, le presentaré á mi hermano.

—¿Un médico!

—Sí, alumno de Val-de-Grace, que á pesar de sus pocos años posee toda la ciencia de un hombre barbudo: mañana precisamente ha de venir á verme. Nada sabrá su marido de usted y cuidaremos de su tesoro sin que lo sospeche siquiera.

Al día siguiente presenté á mi Alfredo á la vecina que estaba vestida de negro y parecía usa de esas figuras de Mignon buscando el cielo, una de esas creaciones divinas de que Scheller ha robado al paraíso de los sueños, estaba pálida, flaca como una niña, profundamente triste, y, sin embargo, hechicera al tender al joven Galeno su manecita de alabastro.

Alfredo tomó el pulso y consultó atentamente á la interesante enferma.

—¿Hace mucho tiempo que usted sufre?

—Seis años.

—¿Y se ha aumentado desde su casamiento?

—Un poco.

—¿Tose usted cuando recibe alguna emoción viva?

—Sí, señor.

—Vamos, vamos, añadió, mi hermano se equivoca al alarmarse por la salud de usted.

—¿Verdad, caballero, que no será nada?

—No, nada: pero evite usted con cuidado emociones de ningún género, no se inquiete

usted por nada y viva lo mas tranquila posible.

La jóven sonrió complacida de la consulta y salió despues de haber manifestado su agradecimiento al médico.

Así que desapareció dije á Alfredo estrechándole la mano:

—Soy tan feliz como ella.

—¿Por qué?

—Porque me interesa en el alma esa criatura y temia por sus padecimientos.

—¡Oh! exclamó Alfredo, con esa flemata tan característica de los discípulos de Esculapio. No sufrirá mucho.

—¿Estará pronta curada?

—¡No, muerta!

Di un brinco de terror, y agolpáronse las lágrimas á mis ojos

—¿Qué tiene? exclamé.

—Una tisis nerviosa en el último periodo. Esa criatura, enfermiza por su naturaleza, es excesivamente impresionable, y su sensibilidad la mata.

—¿Y la medicina es impotente?

—Para curar, si, para prolongar la enfermedad, no. Pero, ¿cómo podrá esa pobre mujer encontrar la posibilidad de separarse de su marido, de su familia, y encerrarse en una existencia material y egoísta? Eso es imposible: es preciso lisa y llanamente prevenir á su marido que en adelante modere su carácter violento, si no quiere agravar el mal.

La misión era difícil; pero tuve valor para llenarla y un dia me aboqué con el carpintero y le expliqué cuanto me dijo mi hermano acerca de la enfermedad, sus causas y efectos.

Creí que el pobre hombre me iba á matar á puñadas.....

—¡Morir! prorumpió sacudiéndome por la corbata. ¡Conque se atreve usted á decirme, así, á mis barbas que se va á morir mi mujer, mi vida, mi tesoro, mi amor!

—¡Silencio, murmuré rechazándole: tranquilícese usted. ¡Si ella lo quiere!

—No, imposible: no habria Dios.

—Si, hay un Dios, le respondí estrechándole la eucallecida mano; un Dios bueno y misericordioso: si llama á su seno á la buena alma de que nos ocupamos, será porque hace falta en el paraiso.

El carpintero suspiró, se le deshincharon las

venas y apoyando la cabeza en mi hombro, soltó á llorar como un niño.....

Dos dias despues, la enferma estaba en la ventana.

—Vecina, le dije, si mis flores os gustau puedo ofreceros algunas.

—¿De veras?

—Si, no tienen olor.

Y la presenté una bella camelia blanca envidia de todas las abejas de la vecindad.

—Gracias, dijo; pero. ¿qué planta verde es esa que se inclina sobre su tallo? ¿Por qué la conservais si está ya marchita?

—No, no lo está.

—¿Cómo?

—Ya lo vereis como renace.

En efecto, la flor bañada por un rayo del sol, levantó poco á poco su lánguida corola.

—¿Cómo se llama este fenómeno vegetal? me preguntó.

—La sensitiva.

—¡Ah! ya la he oido nombrar y se marchita cuando la tocan.

—Si, pues tomadla; vaya á acompañar á las camelias, las mujeres y las flores hacen buenas migas.

Mi vecina se sonrió; una sombra purpurina bañó su pálida mejilla.

—Acepto, dijo, pero verdaderamente me parece inliserecion.

¡Ah! no tardó la enferma en empeorarse: no habia posibilidad de aplicarla remedios eficaces y la infeliz se acostó en su lecho de dolor para no volverse á levantar jamás.

Murió, y su recuerdo queda profundamente grabado en mi alma: sus últimas palabras me conmovieron en el mas alto grado.

Revolcábase su esposo en su propio dolor, y con ademán desesperado estrujó en su nerviosa mano la planta que creia encima de la chimenea.

La moribunda exclamó con voz apagada:

—¡Ay! la mataste. ¡Pobre sensitiva!

Y espiró.

ANTON PORRAS

Paris.

## ASUNCION

Dirige sus pasos por césped florido  
Oprime la mano con guante zahumado,  
Afila su talle con cintillo pulido  
Y perlas le velan su cuello torneado.

Enhiesta buscando la luz de los cielos,  
Al suelo no inclina la frente jamas,  
Las flores, las aves, palpitan de celos  
Inquietas pensando: «¿a quien amarás?»

Mejillas bruniadas de tintes purpúreos,  
La frente de nácar, de luz su mirar,  
Dos hojas de rosa con suaves murmurios,  
Incitan gozosas a amar, siempre amar.

No sé lo que encierra su voz hechicera  
Que ensancha mi pecho, me impulsa a crear;  
Las notas del cielo cayendo a esta esfera,  
Mas dulces y gratas no llegan a sér.

La mano es armiño con brillo de nieve,  
Corolas parecen de nitidas flores;  
Tierna y medrosa cual pálida Hebe  
Torrentes ignotos esconde de amores.

La forman aureola dorados cabellos;  
Soberbia presencia, domina do quier;  
Su andar voluptuoso despidió destellos;  
No es obra de humanos, es diosa a mi ver.

Y si suplicante la pido me quiera,  
Niega perpleja que piense querer;  
Ligeros rumores me dicen: «espera,  
«Olvida la diosa y cree en la mujer.»

Las hojas se pintan de varios colores,  
Los pájaros cantan idilios de amor,  
Los aires volitarios encierran primores  
De luz, armonia, suavísimo olor.

Las aguas retratan en puros cristales  
La concha rosada, las pompas del pez;  
Los cielos sombríos encienden fanales,  
La vida del mundo, su luz a la vez.

Y tú que entre bellas te llaman la bella,  
La obra acabada de dicha y amor,  
¿Porqué con temores escondes mi estrella?  
Amame y luzca con grato fulgor.

L. B. T.

Buenos Aires, Diciembre 7 de 1876.

## REVISTA GENERAL

SUMARIO: — El Almanaque de Salon — Baile en Flores — Banda de música — Agradecimiento — Beneficio — Otro baile — Rectificación — Charada.

El Almanaque de Salon publicado por el Editor de este periódico, parece que ha agradado mucho.

La edicion que se hizo de diez mil ejemplares

está al concluirse, y es menester hacer una segunda.

\*\*

En la noche del 24 del corriente tendrá lugar el primer baile de la temporada en el Club social de Flores.

\*\*

Los dias Domingos concurre una linda banda de música al Paseo «6 de Junio.»  
Es costeadá por los vecinos.

\*\*

En nombre de la Comision que ha corrido con la impresion de las poesias de Mendez, damos una palabra de agradecimiento al pueblo de Buenos Aires por la eficaz proteccion que ha dispensado al desgraciado poeta.

La edicion de mil ejemplares del libro, está al agotarse, si a las horas de escribir estas lineas no se ha ya agotado.

El Sr. Mendez prepara una segunda.

\*\*

Dentro de pocos dias debe realizarse una funcion en el Teatro de la Alegria á beneficio del jóven baritono argentino Daniel Guido.

\*\*

El Club «San Martin», que como saben nuestras lectoras es compuesto de vecinos de las Parroquias de la Concepcion, Monserrat y San Telmo, prepara su primer baile para el 21 de Enero.

Se nos asegura que estará espléndido.

\*\*

En uno de los últimos números de «La Reforma» — de Mercedes — hemos leído un suelto en que se dice que «La Ondina» ha transcripto de sus columnas la composicion titulada «Rimas» y que vió la luz en el número anterior de este periódico.

Razones que nos reservamos nos mueven a rectificar esa aseveracion de nuestro estimable colega.

Las «Rimas» fueron enviadas á esta Direccion por su autor mucho antes que se insertaran en «La Reforma.»

\*\*

## CHARADA

Saliendo al campo á pasear — Un cuadrúpedo viviente, — Mi prima me dió latente — Al ver su cria marchar. — Y á poco del buen camino, — Inmensas uvas encontré — En un estanque do se vé — En segunda y terciá, vino, — Descifrad á vuestro modo — El nombre que se le aplica, — Al que es sustento é indica — Ser de unas bestias mi todo.

M. M. Y. T.

Cármen de Areco